

CATEQUIL

Rocío Durán Barba

Catequil, dios andino que predecía el futuro, vivía en la cumbre del Chimborazo. Pero nadie lo sabía. Aunque en los poblados cercanos se decía que en esa montaña habitaban espíritus y dioses. Es más, una leyenda contaba que Dios había terminado la creación del mundo alzando el Chimborazo. Y esto, con el fin de que algunas divinidades andinas se instalasen en la cumbre más elevada de la región para vigilar su obra. Observar los hombres. Resguardar la Madre Tierra: “Pachamama”. Cuidar de la Madre Luna: “Mama Quilla”

Y la verdad es que esa montaña tiene algo de mágico y de divino. Es imponente, bella, de apariencia inalcanzable. Alta. Tan alta, que se diría que toca el cielo. Y blanca. Tan blanca, que embelesa. Está siempre cubierta de nieve. De nieve que cae desde la pureza del infinito.

Catequil estaba inquieto. Quería visitar algún poblado. Sobrevolar la tierra. De modo que decidió bajar de la montaña. Para eso debía tomar un cuerpo de hombre, animal o ave. Y aceptar las necesidades del cuerpo que adoptase.

La idea de verse como hombre no le agradó, porque las noticias que llegaban a sus oídos sobre los seres humanos no siempre eran muy buenas... La posibilidad de adoptar el cuerpo de un animal, en cambio, le tentó. Especialmente la idea de hacerse de un tigre que rondaba por las noches con paso acolchonado, fuerza y rapidez increíbles, ojos capaces de atravesar la oscuridad. Pero, reflexionando bien, lo que le convenía era adquirir alas. ¡Volar! Entonces se amparó de la primera ave que atravesó sus sueños: una paloma blanca. Eso era lo ideal. Las palomas tienen sentido de la orientación. Son infatigables. Vuelan a gran velocidad.

Así, su deseo se realizó. Enseguida voló y voló. Ni siquiera pensó en despedirse de las otras divinidades. Su viaje empezó con mucha energía. Pero al cabo de algunas horas seguidas de vuelo fue presa de hambre y sed. Y tuvo que detenerse. Al posarse en la tierra, se encontró en un páramo andino cubierto de niebla y frío. Un lugar que solo le ofreció una pequeña corriente de agua para calmar su sed.

Cuando la neblina se levantó hacia la medianoche, brillaron todas las estrellas del universo, y Catequil descubrió algo que desconocía: la vista del Chimborazo desde lejos. Se quedó deslumbrado con el paisaje a punto de olvidar el hambre que padecía.

Mama Quilla, la luna, no tardó en asomarse junto a la montaña, como si hubiera abierto una ventana en las nubes. Catequil se contentó al verla. La llamó a todo pulmón, pero en vano. Ella estaba lejos, muy lejos. Y él, encerrado en el plumaje de una pequeña paloma agotada. Lo único que pudo hacer, esa noche, fue admirar la diafanidad del astro sagrado y recordar a las otras divinidades, quienes, a esa hora, seguramente contemplaban el mundo.

A la mañana siguiente, tomó todas las fuerzas que le quedaban y continuó el vuelo. No muy lejos, descubrió un campo arado que parecía sembrado. ¡Al fin podría alimentarse! Se acercó. Encontró un poco de granos desparramados y empezó a comer desesperadamente. Pero éstos estaban tratados con alcohol para embriagar a las aves que los ingiriesen. ¡Había caído en una trampa! Pronto perdió el conocimiento.

Al recuperarse, se descubrió amarrada. Dentro de un canasto. En una choza. Pero tuvo suerte. Los campesinos habían decidido destinarla a una comida posterior. Y la desataron en la oscuridad de la pieza.



La paloma agrandó los ojos. Le miró de frente y le aseguró:

-Si ruegas a Dios con toda la fe te convertirás en granos-.

El niño no dudo. Se puso de rodillas para rezar y pedir transformarse en alimento para el ave. Y lo hizo con tanta fe, que se convirtió en semillas de trigo, en el acto. La paloma consumió los granos con avidez. Recobró toda su fuerza e irradió una luz enceguedora que cubrió el lugar. Catequil había logrado salir del cuerpo de la paloma para volver al Chimborazo.

La paloma se quedó paralizada por un momento. Y, luego ¡se transformó en el niño!

Desde entonces, ese poblado recordaría para siempre la bondad de la que es capaz un niño, el poder de la fe y el misterio de los dioses.

Cuando sus ojos se habituaron a la penumbra, se encontró frente a un niño que se servía algo en un plato de barro y la miraba con tristeza. Entonces decidió hablar.

-Me muero de hambre-, le dijo, con voz lánguida.

-¿Qué comes?-

-Huesos de cuy con papas-, le respondió el niño.

-¿Quieres un poco?-

-No gracias-, dijo la paloma. -Solo puedo comer semillas y frutas-.

El niño acarició su estropeado plumaje y comentó:

-No tengo eso... pero si pudiera ¡me transformaría en semillas para que puedas comer!-



París, julio, 2016

Rocío Durán-Barba de nacionalidad ecuatoriana y francesa, es novelista, poeta, ensayista, pintora, periodista. "Una de las plumas más relevantes en el universo actual de la literatura latinoamericana" (Claude Couffon). Autora de 40 libros traducidos en varias lenguas. Ha escrito para revistas latinoamericanas y europeas. Ha recibido algunos premios: la Medalla del Senado Francés (2014), de la Academia Arts, Sciences, Lettres (París, 2014), la Manzana de Oro de la Red de Poetas de Buenos Aires (Argentina, 2015) www.rocioduranbarba.com